zón para el ministerio. El campo del padre de familias se abría en su presencia, é íbalo él á cultivar y hacer fructífero, atendidas las virtudes de su edad y el íntimo fervor de su alma, llegando á ser así el modelo perfecto de los verdaderos apóstoles. El divino Maestro se disponía á concederle ahora más que nunca la triple fuerza que robustece las almas, para cumplir las disposiciones del Cielo: la fuerza de la oración, la de la palabra y la de los milagros. Vamos á ver, pues, ahora cómo Nicolas llena los deseos del Señor y cumple sus adorables y misteriosos decretos.

CAPÍTULO X

San Nicolás predicador.—Situación moral y religiosa de Italia en el siglo XIII.—San Nicolás recibe la obediencia para el convento de Tolentino. Sus primeras predicaciones.—Conversión de un caballero.—Popularidad de Nicolás.—El milagro de la Porta Montana.—Cura el Santo á su confesor de una enfermedad dolorosa.—Poder de la señal de la cruz.

Levantándose más y más hacia Dios por una santidad siempre creciente, el sacerdote ó el religioso, mediante el celo, el amor y la caridad, debe derramar una saludable y bienhechora influencia, así sobre los individuos como sobre los pueblos; influencia de preservación y de regeneración: pues él es la sal de la Tierra y la antorcha colocada sobre la montaña. El ministro sagrado, ha dicho un escritor de este siglo, es un árbol que Dios ha hecho florecer y lo ha dado á los hombres á fin de que les anuncie con la palabra y con

el ejemplo la abnegación pedida por el Salvador, ayudándoles á reportar sobre sí mismos las victorias que comienzan y perfeccionan la conversión. La misma prodigalidad con que se entrega á los otros debe servirle para santificarse más á sí propio y para santificar á aquellos que reciben sus bendiciones y participar de su poder sobrenatural. Mas este poder del sacerdote y del religioso no producirá sus frutos de salud y de renovación sino á proporción del fuego sagrado que inflame su alma y de las virtudes que practique para llegar él mismo á la perfección heroica que pide el sacerdocio divino de que se halla revestido.

En verdad que en la Italia del siglo XIII había una apremiante é imperiosa necesidad de esta acción moral y civilizadora del clero para no caer por completo en las tinieblas y horrores de la barbarie. Las herejías de los Beguinos y de los Flagelantes habían pervertido los pueblos, mezclando con una habilidad satánica las prácticas exteriores de la piedad con los actos de la más extraña corrupción. Numerosos cristianos se habían dejado seducir y se adherían á esta perniciosa doctrina, que tranquilizaba su conciencia, permitiéndoles satisfacer plenamente sus pasiones.

Por otra parte, las dos facciones de Güelfos y Gibelinos mantenían la guerra civil y sembraban por doquiera la división, el odio y las pasiones, pisoteando los más sagrados y legítimos derechos. Fraccionábanse las familias, armábase el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, y no era cosa rara el ver una ciudad de Italia dividida en dos campos opuestos, alternativamente vencedores y cubierta de sangre y de ruinas por sus propios hijos. Las sucesivas expediciones militares y los ejércitos, pasando como un huracán sobre los países conquistados ó devastados, habían dejado en pos de sí una corrupción y relajamiento de costumbres difíciles de describir. El Evangelio había caído con la cruz de los templos, y la penitencia y la Eucaristía habían sido olvidadas, á medida que los incendios devastaban los templos y consumían los tabernáculos: imposible parecía conservar en tan espantoso caos la centella de la fe y el germen de la pureza que salvan la inteligencia y preservan el corazón, permitiéndole entrever á través de la borrasca el honor, la dignidad y la razón, que parecían perdidos para siempre.

Mas ¡oh, cuán admirables son los secretos de Dios! Cuando todo parecía acabado para las sociedades, El hace parecer en el mundo grandes y nobles figuras, como la del Santo cuya vida referimos, á quienes, colmando de

una santidad extraordinaria y de una virtud sobrehumana, presenta á la faz de los pueblos como el faro luminoso que les señala el camino de la salud, conduciéndolos hacia el progreso y la práctica del Cristianismo.

La empresa, pues, de San Nicolás era difícil, rodeada de obstáculos, y desde luego imposible á solas las fuerzas humanas. El, armado solamente de la caridad de Cristo, debía agrupar en torno de sí los miembros dispersos de las familias, los corazones llagados y pervertidos y las almas extraviadas, restableciendo por todas partes la paz y la fraternidad. Ahí es donde verdaderamente resalta el poder del sacerdote que sabe comprender su misión y poner en Dios su confianza para ejercer su inefable ministerio! El Señor había en verdad elegido y preparado á Nicolás para hacer de él un apóstol de Tolentino, según lo habían cantado los ángeles en la visión acaecida en la iglesia de Santa María de Giacomo. El debía, pues, trasladarse á esta villa, y, derramando el bien á manos llenas, permanecer aquí hasta su último suspiro.

Acababa nuestro Santo de oir estas palabras del Cielo, cuando, entrando por la tarde en el monasterio, después de la lucha sostenida con su pariente, encontróse con una carta del Superior, dándole la obediencia para

el convento de Tolentino (1). ¿No es ésta una nueva y bien evidente prueba de que Dios se sirve con frecuencia de los superiores y constituídos en dignidad para dirigir á los inferiores según sus intentos y conducirlos por el camino de la salud y de la perfección? El religioso que daba á Nicolás la orden de partir ignoraba la visión referida y acababa de ser, sin saberlo, el instrumento de la divina voluntad, la voz misma del Cielo. Como en todas las demás ocasiones, este perfecto obediente inclinóse ante la voluntad manifiesta del Altísimo, y, tranquilo y sosegado, se apresuró á poner por obra la orden recibida, dirigiéndose hacia su nuevo destino, como si se tratase de un punto ordinario é indiferente de la regla (2). Hizo su viaje á pie, como lo había hecho siempre, acompañado de un hermano lego, y no llevando por todo bagaje más que su bastón, su breviario y sus instrumentos de penitencia.

La mayor parte de los historiadores, conformándose con el proceso de canonización, colocan este viaje del Santo y su llegada á Tolentino en el año 1275, el undécimo de su vida religiosa y el trigésimo de su edad. Ha-

(1) Nicolai de Tombeur. Véase el apéndice número II, al fin de este volumen.
(2) Ut verus obediens concitus illuc perrexit. San Antonino.

llábase, pues, en el apogeo de la santidad y del talento, y capaz más que nunca de las grandes cosas que de él esperaban sus hermanos y superiores.

El pueblo de Tolentino no se equivocó. Cuando él vió la figura pálida y demacrada del nuevo religioso, su dulce y afable sonrisa, su aire modesto, humilde y recogido, creyó ver un bienhechor bajado del Cielo y exclamó en voz unánime: «¡Es un santo! ¡Qué rostro tan angelical el suyo!» (1). Las obras que siguieron á la llegada de Nicolás no desmintieron esta primera impresión, producida por la vista de nuestro bienaventurado; quien al momento se puso á evangelizar al pueblo, entregándose todo entero á las obras de celo, para las que había sido llamado á esta villa, y que parecían constituir la más dulce de las ocupaciones para su corazón de apóstol. Había recibido de la Naturaleza raras disposiciones para la predicación: espíritu penetrante, juicio sólido, claridad en la concepción de las ideas, y facilidad y elocuencia en el uso de la palabra. Sin embargo, cualesquiera que hubieran sido sus talentos naturales y su maravillosa aptitud para los trabajos apostólicos, no hubiera jamás llegado á curar las lla-

(1) Faciem habebat angelicam. *Proceso.* Cum esset decoro vultu. *Breviario.*

gas espirituales é inveteradas de la sociedad, á no haber sido marcado con el sello de una gracia extraordinaria y la ayuda poderosa del Cielo.

Cuando este admirable Santo subía al púlpito, la sola vista de su rostro angelical y austero cautivaba al auditorio, dominándolo de tal suerte, que todos permanecían profundamente recogidos, silenciosos y como pendientes de sus labios. Su palabra sencilla y sublime caía entonces en las almas, semejante á un profundo suspiro sobre las amarguras y miserias de la humanidad, cuyo abismo sin fondo había él medido removiendo los corazones y las entrañas.

Dejando la vana ostentación de los predicadores de su época, Nicolás se aplicaba con preferencia á la explicación familiar de los artículos de la fe, acomodándose á la capacidad de todos, exponiéndolas tan claramente y con un método tan hábil y original que, al escucharle, se creía estar oyendo verdades hasta entonces casi desconocidas. El poder de su elocuencia era tal, que se podía dar por moralmente segura la conversión de un pecador desde el momento en que se le pudiese reducir á escuchar al siervo de Dios; así como segura podía juzgarse la vuelta de los desgraciados herejes á la verdadera fe; siéndoles imposible resistir á sus acentos de fue-

go, que les hacían acudir en tropel á renunciar á su vida licenciosa y falsas creencias.

Dotado de tales condiciones, y de tan maravillosa influencia, unos cuantos días solamente bastaban á nuestro Santo para transformar todo un país y volverlo á la práctica de la vida cristiana. He aquí cómo se explica San Antonino, hablando de la predicación de este glorioso apóstol, y de sus efectos sobre los pueblos: «Su conversación con todos, sanos ó enfermos, no versaba más que sobre las cosas celestiales. Predicaba la divina palabra con una admirable dulzura; y las palabras que brotaban de sus labios eran como llamas ardientes. Obligado por orden de sus superiores á entregarse al ministerio apostólico, no se cuidaba de manifestar su doctrina ó su talento, sino solamente de glorificar á Jesucristo crucificado. En su auditorio no se veían más que lágrimas, no se oían más que suspiros, abominando todos altamente su pasada vida» (1).

El amor á Dios, á la Iglesia y á las almas, y el odio á la maldad, eran las únicas pasiones de esta grande alma. Olvidado de sí mismo, despreciando la gloria del mundo y buscando tan sólo la de Dios, Nicolás no se inquietaba por los juicios de los hombres. Ni

(1) San Antonino. *Breviario.*

las calumnias, ni las injurias, ni las amenazas, eran capaces de intimidarlo ni detenerlo: cumplía su deber sin temor de ningun género, y flagelaba públicamente el vicio y la herejía. Hablando siempre por Dios y de Dios, á él no le intimidaban ni el mundo ni el Infierno.

Mas nada, en verdad, tienen de extraño los sucesos maravillosos y los resultados inesperados de la predicación del Santo, si se tiene en cuenta la preparación con que se acercaba á este santo ministerio con sus mortificaciones excesivas, sus ayunos, sus prolongadas oraciones, el martirio de su vida y la gracia especialísima que había recibido del Altísimo. No predicaba con tanto gusto la palabra divina, dice el proceso de su canonización, sino para librar las almas de las tinieblas del pecado, para destruir los escándalos y para llevar la alegría á todos los corazones, infundiendo en ellos el verdadero germen de la salud (1). Todo esto hacía que Nicolás gozase en Tolentino de un prestigio maravilloso; pues sus prodigiosas acciones parecían burlar todas las astucias y todas las violencias del demonio, que no podía contemplar con indiferen-

(1) Loquebatur libenter verbum Dei ut peccatorum tenebris liberarentur... removebat scandala. *Proceso.*

cia las victorias del Santo (1). Nada dejó por mover este enemigo de todo bien, á fin de estorbar un tan provechoso ministerio; mas ignoraba de qué fuerzas sobrenaturales se hallaba favorecido Nicolás, y cuánto podía obtener del corazón de Dios y de las almas pecadoras con su admirable dulzura y sus virtudes incomparables.

He aquí un ejemplo: Érase cierto noble oficial, llamado Juan, que llevaba públicamente una vida relajada y escandalosa. Había intentado varias veces el siervo de Cristo volverlo á buen camino, mas sin poderlo conseguir: el desgraciado odiaba á Nicolás y lo perseguía de mil maneras. Con frecuencia, dice el proceso de su canonización, Juan interrumpía groseramente la predicación del Santo; en seguida de lo cual, movido por los remordimientos, iba á buscarlo y le pedía perdón, que siempre Nicolás le concedía con una bondad extrema (2). Mas, pasado todo esto, volvía otra vez á caer en sus perversas costumbres y á perseguir de nuevo á su bienhe-

(1) Habebatur pro sancto viro in magna devotione et reverentia... credebatur de eo sicut de aliquo sancto de Paradiso. *Proceso.*

(2) Pluries impedivit prædicationem ejus et nunquam vidit eum de hoc turbari, et quando ibat ad eum ad petendem veniam de dicto tædio, inveniebat eum multum benignum in parcendo sibi et sociis. *Proceso.*

chor con imputaciones injuriosas. Un día que éste debía de predicar en una explanada cerca de la ciudad, convínose este desgraciado pecador con otros varios jóvenes, compañeros en sus liviandades, á provocar un alboroto durante el sermón. Comenzó el Santo á predicar á la hora convenida, y al momento esta chusma insensata, colocándose cerca de las mujeres, comenzó á cruzar sus espadas y á lanzar gritos y carcajadas descompuestas, que, mezcladas á las exclamaciones de terror de los asistentes, alborotaron grandemente á la piadosa asamblea.

Acordóse entonces Nicolás de aquellas palabras de su Padre San Agustín: «Si se os provoca á cólera, procurad vencer por la dulzura», y, dirigiendo una mirada de compasión y de dulce piedad á sus interruptores, continuó tranquilamente su sermón. El auditorio había tenido un movimiento de terror y de angustia, que bien pronto se cambió en admiración, mientras que los imprudentes jóvenes, asombrados de la invencible paciencia del fraile agustino, avergonzáronse de su conducta y callaron sobrecogidos de respeto. Cayéronse las armas de sus manos, y, mezclados con el pueblo, escucharon silenciosos. Apenas había terminado su discurso, acercáronse á Nicolás, llorando á lágrima viva, todos estos libertinos, y, arrojados á sus pies, excla-

maron: «Perdónanos ¡oh santo Padre!: nosotros queremos ser de Dios». Grande fué la alegría del Santo ante el sincero arrepentimiento de sus perseguidores, á quienes, tendiendo los brazos con una sonrisa inefable, demostróles toda la ternura de un buen pastor para con la oveja hallada y reconciliada de nuevo con el Cielo (1).

Mucho fué el ruido que hizo esta inesperada conversión; pues el joven oficial, instigador de esta impía tentativa, era persona muy conocida, ya por su nobleza, ya también por los desórdenes de su vida, públicamente escandalosa (2).

Mientras el pueblo admiraba y bendecía la virtud de su predicador, otros jóvenes, tal vez antiguos amigos de los convertidos, se sublevaron también contra el Santo, colmándolo de reproches, de injurias y de maldiciones. Obrando de esta suerte, lo que ellos pretendían era resistir á la gracia que los perseguía y arraigarse más y más en sus perversas costumbres, á fin de que ni la elocuencia ni la santidad de Nicolás fuese capaz de triunfar de ellos (3). Querían, pues, fatigarlo y forzar-

(1) Anónimo, primera parte, cap. XXVIII, página 35.
(2) El poderoso militar D. Juan, nacido de cierto noble. *Proceso*.
(3) Giorgi, cap. XVI, págs. 143, 144.

lo á que los dejase dormir tranquilamente en sus vicios. Mas el heroico siervo de Dios no era hombre que se diese fácilmente por vencido. No siéndole posible llegarse á ellos ni dirigirles la palabra, sufrió tranquilamente sus injurias, dirigiéndoles una mirada llena de mansedumbre y de ternura. Mirada que, como en otro tiempo la del divino Maestro sobre Pedro, tuvo un efecto tan rápido como eficaz y santificante, que, penetrando el corazón de aquellos jóvenes impíos, los condujo arrepentidos á los pies de su víctima, quien los oyó en confesión é hizo de ellos verdaderos y fervorosos cristianos.

Desde este día la influencia y prestigio de Nicolás crecen inmensamente en Tolentino y sus cercanías, comenzando aquí la época más maravillosa de su existencia. Conocidas ya y de todos admiradas sus virtudes, labran á Nicolás, en presencia del pueblo, una aureola luminosa de santidad y de poder sobrenatural: las poblaciones todas lo aclaman amigo de Dios y poderoso taumaturgo, y, corriendo en pos de él, reclaman sus oraciones é intercesión ante el Altísimo. Su sola presencia constituía una garantía suficiente de la protección del Cielo.

Esta creencia y convicción que tienen de su santidad inspira á todos la más entera confianza. Las parroquias reclaman á porfía su

ministerio, y el servidor de Cristo, siempre dispuesto á sacrificarse, acude solícito á todas partes, siempre que sus deberes de religioso se lo permiten. No teniendo en cuenta para nada ni las fatigas ni las dificultades, y sacrificándolo todo por la salud de las almas, hasta los encantos mismos de la soledad, de la oración y del estudio, parte veloz adondequiera que puede hacer un beneficio ó traer una alma al camino de salvación. No contento con recibir á los pecadores que á él acuden en tropel, él mismo va á buscarlos, y, conmoviéndolos con sus oraciones y con sus lágrimas, los convierte y obliga, por decirlo así, á recibir el perdón de su benéfica mano. De esta común creencia en la santidad extraordinaria de Nicolás nacía la confianza en él que animaba á todos los corazones; confianza que fué cada día aumentándose por diferentes sucesos milagrosos, de los que nosotros recordaremos algunos.

Hallándose un día el Santo en Treja, llamado hoy Montechío, y habiendo salido de la ciudad por la puerta Montana, así llamada porque conduce á las montañas, encontróse con una mujer que tenía en sus brazos el cadáver de su hijo, que acababa de ahogarse. Deshecha en lágrimas esta madre infortunada, parecía imposible hallase consuelo en la desgracia que la afligía. Movido á compasión

Nicolás, acércase á ella, y, trazando la señal de la cruz sobre el niño, devuélvelo á la vida y hace que se suceda en un instante la más extremada alegría á la más amarga tristeza. Tal es la tradición que se ha conservado hasta nuestros días; y aun existe un fresco sobre la puerta Montana y una inscripción grabada en piedra que recuerda este gran prodigio del Taumaturgo de Tolentino (1).

El P. Juan de Montechío, confesor del Santo, fué asimismo curado por él de una hernia dolorosísima, de que padecía hacía largo tiempo. El año 1299 este religioso, de edad de cuarenta años, confesaba este mal á su penitente. «No dudéis, le dijo éste, que el Señor concederá su ayuda á aquellos que desean servirle.» Después, tocando la parte enferma, hizo la señal de la cruz, diciendo al Padre: «Ya os podéis marchar». Retiróse el dicho religioso y se acostó, hallándose al otro día completamente curado. Veintiséis años después confesaba, ante los legados apostólicos, que no había más vuelto á resentirse después de esta milagrosa curación (2).

---

(1) Ad ambitum
Portæ hujus Montanæ
Divus Nicolaus Tolentino
Purum præfocatum
Ad vitam revocavit
Ave præsidium et decus
Catholicæ Ecclesiæ.

(2) *Proceso*, fol. 29, pág. 2.

Habíase Nicolás familiarizado tanto con los milagros, y estaba tan seguro del poder de su bendición, que no rehusaba jamás el darla y curar con ella á cuantos á él acudían enfermos ó achacosos. Una mujer, llamada Blanda, hija del maestro Scambio, de Tolentino, sufría desde hacía quince años violentos dolores de cabeza. Privada de la vista y del oído por la fuerza de la enfermedad, no podía ya dedicarse á trabajo alguno, habiendo, por tanto, quedado reducida á una completa inutilidad. Vino un día en busca del Santo, y con grandes instancias le suplicaba se dignase tocarle la cabeza, viendo al instante premiada su confianza por haber desaparecido completamente los dolores, en virtud de la cruz trazada por el siervo de Dios sobre la frente de la enferma (1).

Sucedió con otra mujer de Tolentino, llamada Genantesa, que, habiendo desobedecido á su marido, arrojóse éste sobre ella en un momento de violenta cólera y la golpeó tan cruelmente con la hebilla de su cinto, que le hizo en el pecho una profunda y larga herida, la cual, mal curada, vino pronto á convertirse en un cáncer, absolutamente incurable y extremadamente doloroso. Vino, pues, esta desgraciada á encontrar al bienaventurado, y, haciendo éste sobre la llaga la señal de la cruz, le volvió la salud, diciéndole: «Que te cure Aquel que devolvió el pecho á la bienaventurada Agueda. Sólo te suplico que no publiques este beneficio, sino que alabes por ello interiormente al único Médico del mundo, Nuestro Señor Jesucristo».

(1) Frigerio, cap. XXII, pág. 103.

Hallándose cortando leña en el campo cierto individuo llamado Tomás, se dió por descuido un golpe en el pie, que le partió totalmente un nervio, juzgándose imposible su curación. Hízose llevar delante del Santo y le suplicó humildemente se dignase rezar algunas oraciones para conseguir la curación de la parte enferma. Mientras desliaban las vendas que envolvían el pie, rezó el siervo de Dios el *Pater noster* é hizo la señal de la cruz sobre la herida, diciendo: «Vete en paz, hijo mío: por grave que sea tu herida, Nuestro Señor Jesucristo te ayudará y premiará tu buena fe».

De vuelta á su casa el enfermo, que nada había sentido, hizo le quitasen de nuevo el vendaje en presencia del médico, el cual, sorprendido en extremo de no ver allí rastro alguno de mal, preguntó al herido cómo se había curado. Lleno entonces éste de alegría, exclamó: «¡Oh Nicolás, hombre de Dios, cuán grande es el poder de tus méritos, pues has podido librarme de tan grave herida!» Y,

levantándose al punto, corrió al monasterio á dar las gracias al Santo y á contar en presencia de los religiosos el milagro de que había sido objeto. Mas su bienhechor, despreciando la vanagloria y las alabanzas, llenóse de rubor y, todo entristecido, dijo al regocijado Tomás: «No son seguramente mis méritos los que os han dado la salud, sino solamente la virtud divina. Yo, por mi parte, os advertí que jamás hablaseis de esto, mientras tanto que yo viviese sobre la Tierra» (1).

En 1302, un joven de veintiséis años, llamado Mercadante, hijo de Juan Adambi de Tolentino, fué atacado de una fiebre tan violenta, que le hacía delirar. Al cabo de veinte días, habiendo llegado á noticia de Nicolás el estado grave del enfermo, fué á hacerle una visita. Apenas llegó á la estancia del moribundo, suplicóle llorando la madre de éste, Fiordalisia, rogase por su hijo. «Padre Nicolás, le dijo, Dios os ha enviado á consolarme: mi hijo es perdido si Dios no viene en su ayuda. Por caridad, rogad al Señor que le cure, y, ya que habéis venido, haced sobre él la señal de la cruz.» Adelantóse el Santo bondadosamente hacia la cama del enfermo y lo bendijo en nombre de Dios. Al momento se oyó gritar al joven: «¡Ya estoy curado!» Y

(1) Frigerio, cap. XXII, pág. 102.

levantóse de la cama, libre de toda fiebre y en perfecta salud (1).

El año 1304 tuvo lugar en Tolentino otra curación parecida en el hijo de uno de sus habitantes, llamado Juan. Este joven, que se llamaba Puccio, veíase consumir por unas tercianas que lo abrasaban, y que no había manera de hacer desaparecer: cuanto más bebía y más remedios se le prodigaban, mayores eran la sed y el fuego interior que le consumían. Después de quince días de indecibles sufrimientos, propúsole su padre que se dejase conducir á la presencia del P. Nicolás, á fin de reclamar sus oraciones. Convino en ello el paciente y fué conducido por los suyos hasta el cuarto del Santo, que á la sazón se hallaba también enfermo. Habiendo llegado á la humilde celda: «Padre Nicolás, dijo Juan, rogad por mi hijo, al cual una gran fiebre lo devora con sed inextinguible.—Idos, idos ahora mismo, dijo el Santo, y que el Señor os acompañe». Y como padre é hijo permaneciesen inmobles y suplicantes: «Idos, replicó el Santo, idos con la bendición del buen Dios, y no permanezcáis más aquí». Llenos éstos de confusión y de tristeza, volviéronse para retirarse; pero aun no habían abandonado la celda, cuando la fiebre de

(1) *Proceso*, fol. 79, pág. 2.

Puccio había desaparecido y su sed devoradora se había apagado, como el uno y el otro atestiguaron después en el proceso de canonización (1).

Verdaderamente que es grande el poder de Nicolás sobre el corazón de Dios, que no sabe negar nada á las súplicas de su siervo. Así se comprende fuese tan grande la confianza de tantos como acudían al humilde religioso en demanda de auxilios y de salud, por medio de la señal de la cruz trazada sobre ellos por la mano de un santo.

---

(1) *Proceso*, fol. 85, pág. 1.

CAPÍTULO XI

Celo de San Nicolás por la salud de las almas.—San Nicolás en el tribunal de la penitencia.—Introduce la paz en una familia.—Ugolino Monaldo.—Fiordalisia conservada milagrosamente en la vida.

El gran Santo, cuya admirable vida estamos refiriendo, no había recibido solamente del Cielo la misión de aliviar las enfermedades humanas de los que á él llegaban y de devolver la salud corporal á los enfermos, sino que, ante todo y sobre todo, procuraba curar las almas, mucho más preciosas á sus ojos. No perdonaba medio alguno para tratarlos, instruirlos, alzarlos de la culpa y reconciliarlos con Dios. Rogaba sin cesar, y ayunaba y hacía otras penitencias por la salud de los pecadores. Dirigíales desde la cátedra de la Verdad los llamamientos más tiernos y las amenazas más capaces de hacerles volver sobre sí mismos, persiguiéndolos con su profunda y dulcísima mirada y atrayéndolos con su tierna compasión. En el tribunal de la penitencia era donde principalmente los aguar-